

Antropología de valores y logomítica en el Quijote

Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA

Cervantes nace en Alcalá de Henares (1547) y muere en Madrid (1616); conoce, pues, el final de reinado de Carlos I (1516-1556), el reinado entero de Felipe II (1556-1598) y más de la mitad del de Felipe III (1598-1621). Su formación no fue sistemática, pero sí decisiva, pues tuvo la fortuna de ser discípulo de Juan López de Hoyos, catedrático de Gramática. Su padre fue cirujano, tuvo seis hijos y una situación económica siempre apurada. Miguel de Cervantes Saavedra sentó plaza de soldado en los Tercios españoles y alcanzó el punto de gloria máximo en 1571, en la batalla de Lepanto. Sin duda, la característica humana e intelectual más destacada en la vida de Cervantes fue su vivencia plena, e intensa, de la España del Siglo de Oro, que absorbió por todos los poros de su entendimiento, sobre todo en tres ejes, que discurren entre 1499 —año de la publicación en Burgos de *La Celestina*— y la España en crisis del primer tercio del siglo XVII: crisis, sobre todo, de sensibilidad y de emergencia de los grandes cánones literarios en novela, teatro y prosa intelectual.

Los tres ejes que constituyen la trama de la cultura española en el Siglo de Oro son, cabalmente, el que se refiere al desenvolvimiento de los valores aristocráticos y caballerescos urbanos; la aparición de una nueva sensibilidad, con las consiguientes sugerentes innovaciones en la expresión; y, en fin, una literatura de ideas: crónicas, erasmismo, diálogos, mística, ascética en la que se desenvuelven los grandes problemas de la época.

Dos grandes científicos de la literatura: J. B. Priestley¹ y Harold Bloom², declaran al *Quijote* la primera novela moderna, la mejor y la más influyente

¹ J. B. PRIESTLEY: *Literatura y Hombre occidental*, Madrid, Guadarrama, 1960, Colección «Crítica y Ensayo»-

² HAROLD BLOOM: *El canon occidental*, Nueva York, 1994.

(Priestley), mientras que Bloom hace una afirmación radical: «Cervantes, con Dante y Shakespeare, son el canon occidental». La inmensa fuerza de Don Quijote hace que el lector se sienta realzado, hasta el punto de que no se ha dado todavía el caso de que los lectores den la impresión de haber leído el mismo *Quijote*. Por su parte, los críticos más distinguidos no han podido ponerse de acuerdo sobre cuáles son los aspectos fundamentales del libro. ¿Cuál es la razón de esta condición? A mi entender porque Cervantes es, en su obra, el polo creador de un modo de ser, extremadamente peculiar, de la sociedad vivida por él y descrita sin resentimiento. La creación novelística es, por eso, un canon, quizá inalcanzable: Don Quijote —Alonso Quijano el bueno— es un modo de ser tomado de la sociedad vivida. Cervantes analiza la vida de su España inventando la percepción antropológica. Esta percepción obliga al análisis, que desde el Congreso de Ciencias Históricas de París (1950), ha sustituido, con gran ventaja, al positivismo relativista.

QUÉ ES LA ANTROPOLOGÍA

La Antropología es un saber nacido en la Ilustración racionalista del siglo XVIII, como una suma de saberes sobre el ser humano tal como la concibe Guillermo de Humboldt³. Con posterioridad, han surgido diferentes escuelas antropológicas: la británica ha insistido de modo particular en la «Social Anthropology»; la norteamericana, en los «Cultural patterns»; la española, apoyándose en su creación intelectual más noble, que es el Humanismo⁴, ha alcanzado recientemente dos importantes dimensiones, aparte el supuesto por la antropología metafísica y quizá en su estela, que es la antropología de valores del profesor de la Universidad Francisco de Vitoria, Ángel Sánchez Palencia y, en otra línea, la señalada

³ Ver GUILLERMO DE HUMBOLDT: *Plan de una Antropología comparada* (1975), donde se remonta al siglo v-vi (a. C.) donde Hipócrates de Kos establece el principio de que el condicionamiento que el medio físico supone para el hombre, bajo el influjo del clima y de la humedad, origina la adaptación al medio. Las obras de Hipócrates, en LITTRÉ, 10 vols., París, 1839-1861 y también en TEUBNER: *Corpus Medicorum Graecorum*. Desde aquí discurre, con posterioridad hacia la Etnología, el Derecho y, desde 1930, con el nacimiento de las Ciencias de la Cultura, desbordando incluso, la aproximación comparativa llevada a cabo por Humboldt a la consistencia de la Ciencia antropológica, en su doble vertiente física y cultural.

⁴ El humanismo español ha sido estudiado monográficamente por el profesor LUIS GIL, cf. su obra *El humanismo español*, Madrid, Alhambra, 1963. Personalmente estimo que la máxima revelación creadora del humanismo español se pone de manifiesto en el proceso de aculturación hispano-americana, sobre el cual remito a MARIO HERNÁNDEZ-BARBA: *La época dorada de América. Pensamiento, Política, Mentalidades*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

por el monje, de la abadía de Montserrat Lluís Duch, que puede denominarse como él indica, logomítica⁵.

En este dintel, la plenitud de la Antropología como ciencia humana se centra en la personalidad creadora de Claude Lévi-Strauss⁶, con quien ha coincidido el pensamiento filosófico de Ortega y Gasset, al establecer el principio afirmativo fundamental según el cual «el hombre no es naturaleza... es historia». La historia es la que hace al hombre, girando en torno a unos valores, consustanciales con los modelos de pensamiento en el tiempo, basados en la tradición. Como afirma Heidegger, siguen un proceso representado por interacción/tiempo/consistencia, entre los valores de la realidad y de la intimidad, con los correspondientes filtros que matizan la interacción. En definitiva, pues, la Antropología constituye una especie de SUMMA de los saberes desarrollados durante la modernidad sobre el ser humano. Ello abre un interesante portillo para entrar en la búsqueda de sentido del *Quijote* de Cervantes. La ciencia literaria parece que ya ha agotado las posibilidades de interpretación crítica, pero ha abierto el camino del conocimiento para la comprensión del dualismo antropológico del *Quijote*, fuera de su peculiar y característica estructura novelística, para estar en disposición de comprender cómo compaginar idealismo y materialismo en una sociedad de altísimo nivel, como es, sin duda, la sociedad española del Siglo de Oro. ¿Será válida la antropología de valores para alcanzar el nivel mental colectivo desde una perspectiva individual?

CERVANTES POLO CREADOR DE UN MODO DE SER TOMADO DE LOS VALORES DE UNA SOCIEDAD VIVIDA

Una vez asentada la norma metodológica —la antropología de valores— podemos penetrar en los fundamentos reales, que permitan aproximarnos a Cervantes como polo creador de un modo de ser tomado de la sociedad vivida, mediante la relación de una vida de sesenta y nueve años, proyectada sobre un espacio temporal secular, en donde la vivencia intelectual está participando de

⁵ LLUIS DUCH: *Mito, interpretación y cultura*, Barcelona, Herder, 1998. Doctor en Teología por la Universidad de Tubinga, el Dr. Duch abre en su libro unas perspectivas de suma importancia para la caracterización de los canales, para aproximarse a los niveles mentales de una sociedad aristocrática, bajo la vivencia intelectual de una persona como Cervantes que la interpreta, sin ira, desde su posición mesocrática.

⁶ CLAUDE LEVI-STRAUSS comenzó estudiando los sistemas de clasificación parental (1949), para analizar las categorías del pensamiento colectivo en el nivel tribal y alcanzar la dimensión definitiva de la antropología en los cuatro volúmenes de su *Nythologiques*, la correspondencia entre las configuraciones míticas de América.

un *ahora*, definido por el pasado y abierto al futuro. El hombre no es una simple existencia presente, sino una persistencia del pasado y una instancia hacia el futuro; la dinámica es vital, social e ideal, de manera que la historia para él es *condición*, pero, al mismo tiempo *tensión*⁷, de tal manera que la ontología de la existencia histórica se encuentra, de suyo, en una interacción de valores.

Es inevitable, para estar en disposición de análisis historiográfico, establecer unas premisas previas. Don Quijote no es el creador de la época vivida, sino el polo de conocimiento directo para, en virtud de una mente lúcida, estar en disposición de expresarla. ¿Cuál es el legado español del siglo XVI?: El atlantismo, una forma peculiar de entender la religiosidad, un arte plusquamperfecto de novelar, un teatro de decisivo impacto popular, una pintura que trascendentaliza al hombre como ser social. ¿Hay valores o no en esa trascendencia metafísica para que surja el mito?

Naturalmente que los hay. La España de Cervantes es un conjunto de valores religiosos, políticos y sociales; el *Quijote* es una antena receptora de esos valores a los que se llega por la vía de los saberes. En 1563 termina sus tareas el Concilio de Trento; se publica la metodología de Melchor Cano *De locis theologicis*; Martín Martínez de Cantalapiedra prologa una de las más acabadas introducciones bíblicas, el *Libri decem hypotyproseon theologiarum*; en 1577, Santa Teresa compone *El castillo interior* y San Juan de la Cruz, entre ese año y 1579, escribe los primeros capítulos de la *Subida del Monte Carmelo*; comienza la aplicación de los cánones del Concilio de Toledo; Luis de Molina, publica su *Concordia* (1588) y la época se cierra con la crisis del quietismo y la reviviscencia de las escuelas tomista, escotista, agustiniana y la aparición fulgurante de la escuela jesuítica. Una poderosa serie de valores que adquieren una pujante vitalidad en la generación finisecular del siglo XVI y perdura todo el siglo XVII; se exacerbaban las confrontaciones teológicas, morales, místicas y ascéticas sobre cuatro grandes disputas: la concordia entre la libertad humana y la Gracia Divina; entre la libertad y la ley; el dogma de la Inmaculada y la posibilidad del amor de Dios, sin previo conocimiento, en el campo de la Mística.

La densidad del saber pensante se centra en el hombre y lo humano, estudiado por todos los costados del poliedro de los saberes. Además, en torno a

⁷ Véase ANTONIO MILLÁN PUELLES: *Ontología de la existencia histórica*, Madrid, Rialp, 1956 y REINHART KOSELLECK: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

1580, emerge una nueva época, debido a la instalación de Felipe II en Lisboa y, con ello, la vivencia española se convierte en universal. ¿Cuáles son las tendencias de los saberes filosóficos?: la Escolástica, el platonismo —por ejemplo, de León Hebreo— la moderna filosofía cartesiana, con una representación importante en España supuesta por Juan Caramuel y Lobkowitz y el importantísimo *lulismo* (de Raimundo Lulio, autor de una ingente obra de gran resonancia en la Europa culta entre los siglos XIV y XVI, de enorme influencia en el siglo XVII, a través de sus *Ars Magna*, *Ars Compendiosa* y *Ars Generalis*, de gran efecto en Alemania sobre los jesuitas Kaspar Schott, Kaspar Knitel y Athanasius Kircher, como también lo fue sobre los jesuitas españoles Pedro Bermudo (1610-1684) y Sebastián Izquierdo (1601-1681).

En el campo de la historia, registramos una pugna entre historia nacional e historia regional. El P. Juan de Mariana (1536-1624), nacido en Talavera de la Reina, escribe y publica la primera *Historia General de España* (1601), que será lectura básica e inmenso arsenal de datos para las generaciones posteriores. La Historia del P. Mariana va precedida (1599) de una obra decisiva: *De rege et regis institutione*, en la que se destaca Monarquía e instituciones monárquicas como las raíces de la unidad. En la *Historia*, el P. Mariana estudia la historia de España, desde sus orígenes hasta 1516, en que sucedió la muerte de Fernando el Católico; después añade un *Sumario de lo que aconteció los años adelante*, hasta 1621, en la muerte de Felipe III; entiende la Historia el P. Mariana como un relato educador, un modelo de vida y un aviso y escarmiento para los tiempos venideros. Junto a esta *Historia general de España*, como una reminiscencia de los tiempos medievales, existen en la época infinidad de Historias regionales, sobre las cuales se instrumenta un modelo pluralista acerca de la participación que los espacios territoriales hayan podido ejercer sobre la configuración del Estado nacional, ya un hecho absoluto en el reinado de Felipe II.

¿Cuáles han sido las razones profundas que han llevado a la conversión de España como primera potencia mundial?⁸ Solamente puede explicarse por la confluencia de tres valores creadores que otorgan sentido de plenitud: la Monarquía, en plena identificación con la Sociedad; la espiritualidad del humanismo español fuertemente anclado en la *Philosophia Christi*; el arraigo de la cultura hispano-atlantista-americanista, con una fuerte personalidad capaz de plantearse

⁸ Cf. RICHARD MACKENNEY: *Sidteeth Century Europe*, Mac Millan Press Ltd., 1993 (Ed. española: Madrid, Akal, 1996).

la comprensión del hombre como sujeto de la historia. Para explicarlo hay que tener en cuenta dos importantes aportaciones de peculiaridad española: el invento del Estado moderno⁹ y, sobre todo, la profunda espiritualidad del Humanismo español del siglo XVI¹⁰. Ambos constituyen el cimiento de una cultura nueva, que no aparece como una espontaneidad, sino como consecuencia del esfuerzo de la sociedad para conseguir unos logros efectivos, creados por el hombre, no obtenidos de la Naturaleza, sino consecuencia de la persistencia que, dentro de sus posibilidades, origina el entendimiento y la aplicación en estructuras políticas, culturales, estéticas, literarias, filosóficas que, en definitiva, se convierten en *humanidades*, es decir, respuestas a los desafíos de la existencia, para configurar la experiencia vital, social e ideal del hombre.

El fundamento de la época central de España en el Siglo de Oro coincide con el reinado de Felipe II (1556-1598), verdadero hombre de Estado¹¹ que culminó la obra iniciada por sus bisabuelos, los Reyes Católicos, en virtud de la cual España cumplió un destino histórico y un primer puesto en la universalidad. Precisamente en esa época se formó Miguel de Cervantes, cuando comenzaba a ascender, en un movimiento incontenible, aunque con retrocesos y avances, los grupos sociales medios sobre los cuales habría de gravitar la idea de modernidad, especialmente con la elaboración e implantación del gobierno de la Monarquía atlántica y la primera estrategia de seguridad oceánica que se registra en el occidente¹². En esta época el Humanismo español alberga también una importante faceta científica, que ha sido puesta de relieve por el profesor Francisco Guerra y Pérez Carral¹³. Existe, de hecho, un Humanismo científico oceánico de signo español, que abre en este terreno —matemáticas, astronomía, cartografía, drogas medicinales, botánica, náutica, física, farmacia, etc.— las puertas de la modernidad.

⁹ LUIS GONZÁLEZ SEARA: *El poder y la palabra*.

¹⁰ Vid., MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA: *Las Humanidades y la Universidad (Hispanoamérica en la Modernidad)*. Lección inaugural del Curso en la Universidad San Pablo. CEU, Madrid, 1997. Véase también del mismo profesor, *La época dorada de América. Pensamiento, Política, Mentalidades*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

¹¹ RAFAEL ALTAMIRA Y CREVEA: *Felipe II, hombre de Estado. Su psicología general y su individualidad humana*, con una introducción y notas de José Martínez Millán, Alicante, 1997.

¹² Ver MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA: *La Monarquía española y América. Un destino histórico común*, Madrid, Rialp, 1990, y GEOFFREY PARKER: *La gran estrategia de Felipe II*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.

¹³ F. GUERRA: «Génesis oceánica de la modernidad. Fundamentos científicos de la época», en *Mar Oceana*, n.º 2, Madrid, 1995.

CONCIENCIA DE REALIDAD Y ANTROPOLOGÍA MÍTICA EN EL QUIJOTE

En esa época creadora, que acaba de ser descrita siguiendo algunos de sus rasgos culturales, se forma, crece y se desarrolla Miguel de Cervantes, un hombre que todos los datos disponibles, coinciden en definir como una vivencia existencial abierta a todas las influencias del ambiente (*Umwelt*) vital y social que le rodea: una situación histórica en pleno proceso activo de cambio¹⁴, que origina una realidad propicia para la creación de un mito, según veíamos anteriormente, como lo define Duch: una doble vertiente —*idealista*, en cuanto sustancia del permanente problema español, y *realista*, como modo de adaptación conformista a la realidad— en la cual se produce un fenómeno, que fue advertido por Camón Aznar, consistente en la existencia de una sola figura, pues Don *Quijote* se sanchifica, al tiempo que *Sancho* se quijotiza. ¿Se trata de un dualismo de doble personalidad? No parece así, sino más bien, una *identidad*¹⁵ consecuencia de la vida, que implica la realización de una aventura común, a través de la cual se formaliza una estructura («struere»/construir) antropológica entre *lazos* y *mitos*, con objeto de unir en uno al caballero y al campesino, pero no sólo en cada *momento* histórico, sino en un *proceso* integrado en la Cultura epocal.

Quizá sociológicamente puede pensarse en el momento —ya hemos visto que, ontológicamente, resulta imposible de contextualizar— como una posibilidad. Pero históricamente es absolutamente imposible, no sólo por lo ya apuntado anteriormente, sino, precisamente, porque la historia es un discurso procesal en el que lo significativo es el cambio. De manera que resulta difícil —más bien imposible— establecer momentos en los que permanezca siempre la misma identidad. La identidad se adquiere por la dinámica generacional innovadora y la mentalidad que consiste en la polarización social, en cuanto reacción psíquica colectiva, de un conjunto de opinión, actitudes o posiciones respecto a los problemas que va presentando la vida y el curso mismo de la historia. En este sentido, resulta fundamental tener en cuenta la formación de Cervantes en función intelectual de su tiempo; cuáles han sido sus contactos con los modos de ser,

¹⁴ Se trata de una figura que ha sido estudiada en política comparada en la antítesis *momento / proceso*. Cf. SAMUEL P. HUNTINGTON: *El orden político en las sociedades en cambio*, Barcelona, Paidós, 1996.

¹⁵ Hay dos tipos de igualdad, en la que se basa el principio de identidad, que parte de la tesis de Leibnitz de la identidad numérica. Consiste en una relación de equivalencia. Cf. D. HUME: *Tratado de la naturaleza humana*, Madrid, Tecnos, 1988 (traducción de F. Duque).

sentir, pensar, crear en la realidad vivida y, en fin, crear —con esa realidad ambiente— una metafísica de valores acerca del amor, la amistad, la Fe, el honor, la creencia, la comunidad, los sentimientos, la razón y la felicidad, entre otros muchos.

¿Cómo busca Cervantes la solución del problema planteado? Situando al lector —en toda la extensión del *Quijote*— entre la realidad metafísica y la irrealidad del encantamiento. Un arbitrista —que son aquellos que se esfuerzan para averiguar las causas de los males para poner remedio—, Martín González de Cellorigo¹⁶, definió la España de su tiempo como una sociedad encantada, haciendo una afirmación radical: «No parece sino que se han querido reducir estos reinos a una república de hombres encantados que viven fuera del orden natural», de tal modo que *todos* se engañan a sí mismos para ser felices». Tal juicio arbitrista se deja llevar por la característica intemporalización y desfundamiento de lugar que puso de relieve, intencionadamente, Cervantes en el primer párrafo¹⁷ de su novela: no quiere acordarse del nombre del *lugar*; «no ha mucho *tiempo*»; un hidalgo (despersonalización) de una edad que frisaba «con los cincuenta años», que, por «conjeturas verosímiles» (!) «se deja entender que se llamaba»... En todo caso, «todo importa poco a nuestro cuento». Arnold Hauser, ha registrado en la ciencia de la literatura la existencia de una serie caballerescas, que podría iniciarse con los *cantares de gesta*, continuar con los *romances* y culminar con los *libros de caballerías*, en un largo espacio temporal, característico de toda la Europa occidental, abarcando desde el siglo XI al XVI¹⁸, que considera un «renacer del romanticismo caballeresco», en un momento en el que, al gusto burgués, había ahogado aquél, pero que produjo un renovado entusiasmo por la vida heroica con un punto culminante en el siglo XVI en España y Francia¹⁹.

Penetrando, sin embargo, en el desarrollo de la acción de Don Quijote y Sancho, encontramos otros valores distintos que, constituyen la trama antropológica.

¹⁶ *Memorial de la política y útil restauración de la república de España y estados de ella y del desempeño universal de estos Reinos*. Valladolid, 1600.

¹⁷ MIGUEL DE CERVANTES: *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Edición IV Centenario de ABC. Capítulo primero: «Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha». Madrid, 2004.

¹⁸ ARNOLD HAUSER: *Historia social de la literatura y el arte*, Madrid, Guadarrama, s.f., 3 vols., «Colección crítica y ensayo», tomo II, p. 565.

¹⁹ He tenido ocasión de comprobarlo en mis estudios de la sociedad hispanoamericana. Apud. MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA: «La influencia de los libros de caballerías sobre el conquistador», *Estudios Americanos*, n.º 102, Sevilla, 1960.

ca, desde la perspectiva del autor de la obra sobre el pueblo español de la época vivida. Me refiero a la segunda parte (capítulo XLI, página 502 de la edición citada) donde relata la aventura de Clavileño. Cuando Sancho, entusiasmado, describe la constelación de las Cabrillas, Don Quijote nada ha visto, pero afirma: «todas estas cosas y estos sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice». Pero aprovecha la ocasión para decirle a su escudero: «Sancho, pues vos queréis que os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más»²⁰; no me parece que esto sea un ejemplo de un recíproco y convenido engaño, sino más bien la esencia antropológica-dualista en su manifestación: por una parte, en primer lugar, el valor de la mutua confianza de cuanto se afirme por cada una de las dos clases sociales unidas en la aventura; por otra parte, el hecho de que cada uno de ellos vive de su fantasía, pero necesita el *asentimiento* del otro, lo que supone un equilibrio tenso entre lo que se quiere decir y cómo se puede decir para que sea entendido por el otro²¹. Es que la «fantasía» envuelve a todos en sus relaciones sociales: al soldado, que exagera sus aventuras militares ante sus asombrados oyentes; el hidalgo provinciano, expulsado por el hambre de su aldea, que en la corte exagera su fortuna; el burócrata que se asciende para darse importancia y el pícaro que hiperboliza las felonías de sus padres que quizá puedan justificarle socialmente. Se trata, en definitiva, de una atmósfera de autosuficiencia, propia de la cultura barroca, en la que el mal de la sociedad española consiste en vivir soñando. Calderón lo registra en su drama *La vida es sueño*:

«Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando.
Sueña el rico en su riqueza...
Sueña el pobre que padece...
Y en el mundo, en conclusión,
Todos sueñan lo que son
Aunque ninguno lo entiende.»

No se trata, en definitiva, saber cómo eran los españoles del Siglo de Oro o, dicho de otro modo, cómo eran las gentes que inspiraron a Cervantes, Lope,

²⁰ Edición citada, segunda parte, capítulo XXII, p. 49.

²¹ CARLOS BUSOÑO denominó «ley del asentamiento», que perfila muy nitidamente la noción de personaje, con un sentido social. Véase *Teórica de la expresión poética. Hacia una explicación del fenómeno lírico a través de textos españoles*, Madrid, Gredos, 1962.

Tirso de Molina, Calderón, Quevedo, Murillo, Zurbarán o Velázquez, por citar sólo a los sobresalientes. El hidalgo Don Quijote es un hombre cualquiera de un lugar de la Mancha. Un hombre que vive y sienta los problemas que afectan a todos, como ocurre en el común de los españoles, más movidos por los sentimientos que por instancias de racionalidad. Como dijo Don Gregorio Marañón: «Vida e historia decimos para significar el presente encendido, el pasado muerto; pero ambas son una misma cosa acaso con máscaras distintas». *Don Quijote* es una narración. Estamos convencidos de que mejor que los discursos o las definiciones filosóficas de la realidad, con el concurso de los conceptos, las narraciones expresan plásticamente la verdad de la vida.

La narración es el producto de la conciencia humana que impone orden y coherencia a las experiencias realizadas en el tiempo. Esto no pudo entenderse con claridad, hasta que Martín Heidegger escribió *Sein und Zeit*, dando así sentido a las categorías del pasado (recuerdo); del *presente* (descripción) y del futuro (problematización dramática)²². A medida que la vigencia de las antiguas certezas religioso-político-culturales comenzaban a cuestionarse debido al progresivo ocultamiento o tergiversación de las tradiciones recibidas, en Occidente el ser humano tomaba conciencia de que la tradición debía interpretarse de nuevo para recuperar su lugar en el mundo. El hombre necesita ser reinterpretado como primer actor del mito, dando las respuestas a la experiencia de la vida, de la muerte, del amor, de las creencias religiosas, de la convivencia, de la trascendencia como una verdadera *tensión* vital, social y del pensamiento. En ellas destacan fundamentalmente los valores, en especial aquellos que ponen al hombre ante sí mismo, ante los otros y, en definitiva, ante Dios.

²² EMIL STEIGER: *Conceptos fundamentales de poética*, Madrid, Rialp, 1966. REINHART KOSELLECK: *Futuro pasado para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1993.